

Ana María Lorandi

 Myriam Noemí Tarragó*

Ana María Lorandi nació en Cañada de Gómez, provincia de Santa Fe, una pujante población levantada a la vera de la extensión del ferrocarril Rosario-Córdoba. De ascendencia italiana por ambas ramas, fue una bella hija de la “pampa gringa” con sus ojos claros y amplia sonrisa, como lo acaba de señalar Mercedes del Río (2017), una de sus apreciadas discípulas.

Su desarrollo en una escuela primaria y secundaria corriente le permitió, sin embargo, el acceso exitoso a los estudios universitarios poniendo de manifiesto, una vez más, la importancia de la escuela pública y gratuita en nuestro país, de la cual somos muchos los beneficiarios. El ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, en el seno de la Universidad Nacional del Litoral, fue un ambiente propicio para la formación y el desarrollo de la entusiasta investigadora que sería en el futuro, primero como arqueóloga, luego como historiadora en la rama de la Etnohistoria o Antropología Histórica. Construyó un denso currículo que requiere de varias miradas. Una de ellas, la primera, se relaciona con su vocación arqueológica que es lo que me propongo desarrollar aquí. Una vida, para su cabal comprensión, se constituye a través de todos sus tramos (Figura 1).

Educada en la carrera de Historia, tuvo acceso al área de la Arqueología y de la Antropología por medio de la participación en el equipo de investigación del Dr. Alberto Rex González que, como profesor y director del Instituto de Antropología, desplegó una pujante acción entre 1954 y 1958. Gracias al clima generado, tuvo las primeras experiencias en el trabajo de campo en Arqueología, primero en Carcarañá, provincia de Santa Fe (González y Lorandi, 1959) y luego, en El Alamito, departamento de Andalgalá, Catamarca, localidad arqueológica recientemente descubierta por el Dr. González (Lorandi, 1967). Desde el vamos, Ana María puso de manifiesto su capacidad de gestión consiguiendo los primeros fondos de investigación en la empresa La Helvética, sita en su ciudad natal, para las campañas de 1957 y 1958 en el Campo del Pucará. Al mismo tiempo, iniciaba sus primeras incursiones como docente en una de las cátedras que dictaba González (Figura 2).

Ya ha sido señalado por Edgardo Garbulsky (2004) que es posible hablar con definición de una “Generación de los Sesenta” en Rosario. Podemos considerar que una generación



Figura 1. Ana María Lorandi, El Alamito, provincia de Catamarca, 1957.

* Instituto de las Culturas IDECU, Universidad de Buenos Aires (UBA) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Facultad de Filosofía y Letras, Museo Etnográfico. tarragomyriam@gmail.com



Figura 2. Campaña de 1957, El Alamito. Sentados: Úrsula Hellwig, Ana María Lorandi, Susana Petruzzi, Catalina Cavallo, miembro no identificado, William Harvey, María Luisa Arocena. Parados: Víctor A. Núñez Regueiro, María Teresa Carrara y soldados.

académica se compone de los docentes-formadores que proveen de las herramientas teórico-metodológicas, en el marco de las condiciones materiales de una determinada coyuntura universitaria, y de la camada de jóvenes que se forman en ese espacio, cargado de una historicidad que los contiene y les permite cobrar sentido en su propia trayectoria. La Generación de los Sesenta en Rosario, tanto antropólogos, historiadores, escritores y otros, es una generación que fue atravesada por lo político. La década entre 1956 y 1966, conocida como la “Década Liberal de la Universidad”, de “Modernización Universitaria” o de “Apertura Teórica” como la definió G. Madrazo (1985), estuvo fuertemente marcada por dos sucesos coyunturales: la “Revolución Libertadora” que terminó con el gobierno de Juan Domingo Perón el 16 de septiembre de 1955, provocando un importante recambio en los docentes de la universidad pública, y el golpe de Estado del General Juan Carlos Onganía en 1966, cuando por primera vez las fuerzas militares desconocieron la autonomía universitaria. En forma concreta, produjeron el penoso hecho de la “Noche de los Bastones Largos” en la Universidad de Buenos Aires y, en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, el ingreso autoritario de la policía a las aulas.

Los cambios en nuestra Facultad durante aquella década fueron muy importantes. El “espacio interior” o de “periferia” en el que se incluía el Rosario de entonces incidía para que su producción académica fuera muy desconocida debido al fuerte predominio del área metropolitana de Buenos Aires y La Plata. Sin embargo, la incorporación en 1956 de un grupo sobresaliente de jóvenes académicos formados en la UBA o en el extranjero y que no había encontrado cabida en la Capital, benefició en forma sustancial la docencia y el impulso a las investigaciones científicas. Por otra parte, la renovación en las Ciencias Sociales en esos años fue notable, con fuerte influencia de las corrientes norteamericanas y del estructural-funcionalismo europeo. Un grupo de destacados profesores y de jóvenes estudiantes imbuidos en las nuevas corrientes y con un alto grado de libertad se lanzaron con entusiasmo a la investigación en Antropología, Historia y Arqueología. A esto se suma que las universidades públicas de esa década, con una masa estudiantil mucho más pequeña y con fondos propios importantes, pudieron financiar investigaciones interdisciplinarias de gran escala, como ocurrió en Rosario. Se formularon varios proyectos muy interesantes en los cuales, por primera vez, se intentaron estudios interdisciplinarios y trabajos de campo con la aplicación de enfoques espaciales, a escala de micro-región. Uno de ellos fue el “Proyecto de Estudio de Área Cultural del Valle de Santa María”, a partir de 1959 (Meister, Petruzzi y Sonzogni, 1963).

Ana María fue una genuina representante de esta generación, participando activamente en la investigación arqueológica en el Valle de Santa María en tres de las microáreas que aún siguen siendo objeto de investigación arqueológica en el presente. Por un lado, en la comuna de Lampacito, al sudoeste de la ciudad capital de Santa María, dirigió en 1959 el trabajo de excavación en un cementerio que hoy se conoce como el “Sitio 15” de la localidad arqueológica de Rincón Chico (Tarragó, 1998: 226-228). En mi carácter de alumna de la carrera, tuve el gusto de compartir este trabajo con ella. Para los parámetros metodológicos de la época, debo afirmar que se llevó a cabo un buen trabajo de exhumación y registro, que ocupó un capítulo de la publicación pionera del Instituto de Antropología de Rosario, bajo la dirección general del Dr. Eduardo Mario Cigliano (Lorandi, Renard y Tarragó, 1960). A modo de anécdota, debo destacar que hacíamos cada día, a pie, el tramo de 3 km que nos separaba del centro de la ciudad, y ¡cómo sería nuestro aspecto en el regreso (llenas de tierra y cargadas con las bolsas de materiales) que la gente se paraba en lo largo de la acera de la calle Esquíú para observarnos pasar!

Otro de los trabajos se focalizó en la zona de Punta de Balasto, en el extremo meridional del valle de Santa María. Allí dirigió los primeros trabajos de excavación de la época moderna, en el tambo incaico que se encontraba muy bien preservado por el cubrimiento de arena del Campo del Arenal. Nuevamente allí, parábamos en una antigua escuela de adobe, y Ana María protagonizó situaciones muy divertidas en vinculación con el baño, o la falta de éste, para el grupo de jóvenes que constituía el equipo, entre las cuales se encontraba María Teresa Carrara, digna compañera en estas situaciones jocosas que hacían menos duro el diario trabajo y la larga caminata que realizábamos. Este trabajo también está documentado en la publicación de 1960.

Finalmente, entre 1961 y 1962, se iniciaron los trabajos en el valle transversal de Ampajango. Ana María acababa de obtener su título de profesora de Historia y ya tenía en mente el proyecto de investigación que culminaría con su tesis de Doctorado, el estudio del arte rupestre sobre roca del noroeste argentino. Utilizando la información de autores de las primeras décadas del siglo, en particular, los excelentes registros fotográficos del Ing. V. Weiser de la década de 1930, tomó como muestra cuatro regiones: Campana (en el norte de La Rioja) y tres zonas de la provincia de Catamarca (Hualfín, Antofagasta de la Sierra y Ampajango). Este sector del valle de Santa María (que ha resultado muy fructífero para nuestras investigaciones arqueológicas posteriores) fue puesto en valor y conocido en la literatura de la disciplina gracias a los trabajos de Ana María. Ella desarrolló un método de registro, de representación y de análisis de las numerosas manifestaciones rupestres existentes en el paisaje de terrazas escalonadas de Campo del Ingenio, Río Seco, Río Vallecito y Mesada Barrera. Por mi parte, puedo dar testimonio personal de la campaña de 1961 porque integré el equipo. Al igual que en otros trabajos anteriores, se contó con el apoyo del Regimiento de Catamarca que envió siete soldados y un dragoneante a cargo, para que trabajaran con nosotros, con carpas y todo el equipo de campaña. Ana María ejerció la dirección de los soldados con gran soltura, lo cual era absolutamente impensable para la población local de la época. ¿Cómo era posible que cuatro mujeres conviviéramos con ocho soldados en un lugar aislado como era Ampajango? Sin embargo, no hubo ningún problema, pero a la vez se suscitaban muchas circunstancias graciosas que Ana María comentaba por las noches haciéndonos reír a carcajadas...

Más allá de las anécdotas inolvidables, debo decir que llevamos a cabo un duro trabajo. Se realizaron prospecciones pedestres avanzadas de toda la zona, dado que lo hacíamos en base a aerofotografías que ya existían del valle, técnica muy novedosa para ese momento. Se efectuaron excavaciones en recintos de varios sitios, uno de ellos en Ampajango 2, y se obtuvo un primer fechado por el método del Carbono 14 para la zona, sobre la base de una muestra de vivienda del Sitio 1. Tomamos gran



Figura 3. Simposio en Huánuco, 1967. Hans Schobinger, P. Loti, Jacquelin Madrid, Ana María Lorandi, John V. Murra.

cantidad de fotografías de las rocas grabadas y Ana María nos guió en la observación de los rasgos técnicos y las condiciones de conservación. En 1962, durante una segunda temporada, continuó los trabajos de excavación y registro con otras compañeras de la carrera. En un viaje de 1964, aplicó una metodología similar al registro de las piedras grabadas de Campana, en el norte de La Rioja.

El largo trabajo en laboratorio que siguió le permitió desarrollar un método cualitativo minucioso aplicado al estudio de las imágenes registradas. Para tal fin, elaboró fichas de registro y cuadros de distribución de motivos inspirados en los trabajos más actualizados del arte rupestre en América del momento. No contenta con esto e imbuida de la importancia de aplicar métodos estadísticos, que fue un rasgo de esa época, aplicó el método de prueba de hipótesis (test X^2) a los estilos hipotéticos que habían resultado del estudio cualitativo. Es decir, fue notablemente innovadora en la metodología y debemos destacar que los principales resultados a los que arribó respecto al estilo tardío de “elementos geométricos de tipo curvilíneo” del valle Santa María siguen vigentes hasta el presente (Lorandi, 1965, 1966). En la ponencia al Congreso de Americanistas de París de 1979, amplió la explicación de su metodología al enlazarla con la teoría de la comunicación o Semiología y poniendo el énfasis en que “el arte rupestre es un sistema de mensajes utilizado por un grupo humano que lo tradujo a un código organizado por reglas inteligibles para el emisor y para el receptor. El receptor, al decodificar este mensaje, tiene acceso al contenido” (Lorandi, 1979: 278).

A los treinta años de edad defendió su tesis de Doctorado en Historia en la Universidad Nacional del Litoral y, en forma simultánea, tuvo la gran noticia de su ingreso a la Carrera de Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). En 1967, y en consonancia con el interés que había desplegado por las manifestaciones del arte precolombino, asistió a un interesante simposio sobre el tema en Huánuco, Perú, donde tuvo el gusto de conocer a John V. Murra y otros colegas extranjeros (Figura 3).

Pero, más allá de la concurrencia a esta reunión científica, ya se estaba planteando nuevos derroteros de investigación. Con la gran ductilidad que la caracterizó siempre, eligió como objeto de estudio renovar la indagación arqueológica sobre las sociedades prehispánicas que poblaron el sistema de interfluvios del río Salado y el río Dulce, en la provincia de Santiago del Estero (Lorandi, 1978). Se trata de un área de gran

dificultad para el desarrollo de trabajos de campo por las condiciones climáticas y la formación de bosque chaqueño que la caracteriza. Los trabajos, que incluyeron numerosas prospecciones pedestres y varias excavaciones, se extendieron a lo largo de una década. Imagino el esfuerzo que habrá implicado para Ana María realizar las caminatas, en medio de albardones y del monte espinoso, para una persona que ya sufría serias dificultades para desplazarse en superficies irregulares o con obstáculos.

Muchos fueron sus aportes. En primer lugar, el hecho de sumar nuevas técnicas de registros y de análisis a las actividades en terreno y laboratorio. En segundo lugar, las esforzadas recorridas del territorio le permitieron localizar varios asentamientos de aldeas en montículos, como El Veinte, sobre albardones alargados –lo que hoy se podría caracterizar como “camellones o campos elevados”- y represas asociadas que aseguraban un sustento apropiado, durante todo el año, a las poblaciones poseedoras de una creativa economía mixta (Lorandi, 1974). En relación con la ecología, tuvo la inteligencia de acudir a la colaboración con ecólogos y biólogos del Museo de La Plata para mejorar la comprensión y conocer las posibilidades económicas del complejo ecosistema que estuvo en juego en la mesopotamia santiagueña (Cioni, Lorandi y Toni, 1979). Cabe señalar que esta riqueza productiva, con más de una cosecha anual, complementada con abundante recolección, caza y pesca admiró a los españoles de las primeras entradas y debió ser un motivo decisivo para la localización de la primera ciudad fundada en su ámbito en 1553.

En cuanto al intrincado panorama estilístico del arte cerámico que existía al inicio de sus trabajos, con gran cantidad de piezas obtenidas en búsquedas poco documentadas o sin registro, asumió el desafío aplicando la tecnología cerámica y el método de C14 para desbrozar las relaciones entre las tradiciones conocidas como “Sunchituyoc” y “Averías” en las que produjo avances, en particular, en cuanto a la excelente calidad técnica y de diseño. Además, logró deslindar una variante estilística nueva, con el tema del “búho draconizado”, motivo de la tapa de su libro de síntesis que, felizmente, publicó la provincia en 2015.

Entre 1977 y 1978, la Dra. Lorandi empezó a explorar una nueva línea de investigación en busca de una “visión totalizadora” del mundo andino. Por primera vez, en varias décadas, se ponía en juego la información etnohistórica junto con los datos arqueológicos. A nivel personal, comenzó a reencontrarse con la formación inicial en Historia que había recibido en la universidad. Venció, de alguna manera, la especie de estigmatización que había existido en los jóvenes arqueólogos desde 1955, cuando Rex González introdujo la moderna arqueología en el noroeste argentino promocionando genuinos trabajos de campo y la aplicación de los múltiples métodos de las Ciencias Naturales. Fue una lógica reacción frente a los largos años en que predominaron los investigadores de escritorio que suplantaban, en gran medida, los trabajos en terreno por las fuentes históricas. Pero era tiempo de equilibrar esta postura, demasiado estricta, que casi producía una ruptura epistemológica en el abordaje de las sociedades precolombinas con respecto a las de contacto con el europeo (Haber, 1999).

En esta novedosa orientación están presentes sin duda, las influencias de J. V. Murra y, durante su permanencia en París, de N. Wachtel, como ella misma lo ha reconocido en varios escritos y en la extensa entrevista que le realizó el Colegio de Graduados en Antropología. El nexo entre ambas disciplinas se produjo al encarar el tema del Inca en el noroeste argentino y de su frontera oriental -de donde ella venía con sus investigaciones en la llanura santiagueña-, publicando varios trabajos acerca de los diaguitas, el Tucumán y el *umasuyu* incaico, el primero en 1980.

Una feliz circunstancia coadyuvó para su avance por este sendero. El espíritu inquieto de A. R. González, quien seguía buscando áreas arqueológicas por diversas vías, terrestre y aérea, descubrió una nueva zona en los alrededores de Andalgalá de posible

época incaica. Una primera exploración por M. E. Gonaldi, a fines de los setenta, fue continuada y profundizada por Ana María a partir de febrero de 1982, en lo que resultó ser un importante establecimiento incaico que se denominó Potrero Chaquiago (1983). De los tres sectores que conforman el asentamiento, ella se dedicó al sector occidental de “La Solana”, un excelente ejemplo de rectángulo perimetral compuesto o “*kancha*” constituido por trece recintos en torno a un amplio patio central. Sus excavaciones en tres de los edificios entre esa fecha y 1985 le proporcionaron evidencias materiales suficientes como para afirmar la presencia de olleros del inca en un centro manufacturero del Tucumán (Lorandi, 1984). La Dra. María B. Cremonte colaboró aplicando los métodos de la tecnología cerámica para esta corroboración. A partir de 1983, Verónica I. Williams, discípula y heredera del área de estudio, tomó a su cargo la investigación ampliando la misma y aportando nuevos datos sobre arquitectura, manufacturas y relaciones con otros asentamientos en el marco regional del noroeste argentino (Lorandi y Williams, 1985; Williams, 1991).

Debo señalar además que, mientras se desempeñó como arqueóloga, tuvo una activa participación con presentación de ponencias en congresos nacionales, desde el Primer Congreso de Arqueología Argentina en Rosario (1970). En el II Congreso en Cipolletti, Río Negro, recuerdo lo feliz que se sentía por estar embarazada de su querida hija Valentina. Pasamos lindos momentos compartiendo vivencias con compañeros de Rosario y de Córdoba: Víctor Núñez Regueiro, Pepe Pérez y Osvaldo Heredia. Formó parte de la comisión organizadora del III Congreso en Salta (1974), como se observa en la foto del acto inaugural (Tarragó, 2003). También concurrió a numerosos congresos internacionales, entre ellos el 36º Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata (1966), otro gran encuentro entre colegas nacionales y extranjeros, y el 47º International Congress of Americanists (ICA), en París (1976).

En síntesis, Ana María Lorandi fue una mujer dotada de una personalidad fuerte, de muchas facetas y con un temperamento apasionado con el que encaraba tanto los hechos de su vida como de su profesión. Desde sus inicios en el campo de la Arqueología recorrió un largo trayecto de investigación, ofreciendo al mundo académico valiosos aportes en varios campos. En primera instancia, su trabajo de tesis sobre arte rupestre del noroeste argentino constituyó una contribución original y novedosa desde el punto de vista metodológico en ese campo de estudio. Luego, diversas publicaciones pioneras resultaron de sus proyectos de investigación arqueológica en Santiago del Estero, por un lado, y sobre el *Tawantinsuyu*, el Tucumán y el novedoso sitio inca de Potrero Chaquiago, por el otro.

Sus inquietudes intelectuales la llevaron por otros derroteros, esta vez, de la Historia y Antropología, a partir de 1985, cuando abrió nuevas vías de investigación en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Hasta aquí llega mi semblanza con la esperanza de haber cubierto, al menos en parte, su valioso tránsito por el campo de la Arqueología.

Buenos Aires, 30 de junio de 2017.

Agradecimientos

El Archivo institucional del Museo Etnográfico “Juan Bautista Ambrosetti” proporcionó las imágenes incluidas en este obituario, que pertenecen a la colección de fotos que la Dra. Ana María Lorandi donó a la institución. Están registradas con los siguientes códigos: 572/11 (Fig. 1), 572/13 (Fig. 2) y 572/56 (Fig. 3). Agradecemos muy especialmente la atención a Marisa Scarafoni.

Bibliografía

- » Cioni, A., Lorandi, A. M., Toni, E. (1979). Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en la aldea prehispánica “El Viente”, Santiago del Estero. *Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología*, 13, 103-116.
- » del Río, M. (2017). Daughter of the “Pampa Gringa” and the Andes: an obituary for Ana María Lorandi, 1936-2017. *The Latin American Diaries*, March 15. Institute of Latin American Studies, SAS, UK.
- » Garbulsky, E. (2004). La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales. *Cuadernos de Antropología Social*, 20, 41-60.
- » González, A. R., Lorandi, A. M. (1959). Restos arqueológicos hallados a orillas del Río Carcarañá, provincia de Santa Fe. *Revista del Instituto de Antropología*, 1, 161-222.
- » Haber, A. (1999). Caspinchango. La ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana. El caso del Noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 3, 129-141.
- » Lorandi, A. M. (1965). Sobre la aplicación de métodos estadísticos al estudio del arte rupestre. *Anales de Arqueología y Etnología*, 20, 7-26.
- » Lorandi, A. M. (1966). El arte rupestre del Noroeste Argentino (área del norte de La Rioja y sur y centro de Catamarca). *Revista Dédalo*, año II, 4, 15-72.
- » Lorandi, A. M. (1967). Vasijas de Catamarca con caracteres excepcionales en la zona. *Anales de Arqueología y Etnología*, 22, 35-51.
- » Lorandi, A. M. (1974). Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología*, 8, 199-236.
- » Lorandi, A. M. (1978). El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal de la Société des Américanistes*, 44, 63-85.
- » Lorandi, A. M. (1979). Propuesta de método para un análisis de estructura del arte rupestre. *Actes du XLVII Congrès International des Américanistes*, 1976, 277-285.
- » Lorandi, A. M. (1980). La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología*, 14, 147-164.
- » Lorandi, A. M. (1983). Mitayos y mitmaquna en el Tawantinsuyu meridional. *Histórica*, 7 (1), 3-50.
- » Lorandi, A. M. (1984). Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata*, 8, 303-327.
- » Lorandi, A. M. (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del buho: Santiago del Estero antes de la conquista*. Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura.
- » Lorandi, A. M., Renard S., Tarragó, M. (1960). Lampacito. En: Cigliano, E. M. *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María*. Rosario: Instituto de Antropología, 65-80.
- » Lorandi, A. M., Williams, V. I. (1985). Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el noroeste argentino. *Comechingonia*, 4, 133-148.

- » Madrazo, G. (1985). Determinantes y orientaciones de la antropología argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1, 13-56.
- » Meister, A., Petruzzi, S., Sonzogni, E. (1962). *Tradicionalismo y cambio social. Estudio de área en el valle de Santa María*. Rosario: Facultad de Filosofía y Letras.
- » Tarragó, M. N. (1998). El patrimonio arqueológico del valle de Santa María en peligro. El Rincón Chico. En: *50 Años de Aportes al Desarrollo y Consolidación de la Antropología Argentina. Homenaje a Alberto R. González*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 205-254.
- » Tarragó, M. N. (2003). La arqueología de los valles calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales*, 6, 52-74.
- » Williams, V. I. (1991). Control estatal incaico en el noroeste argentino. Un caso de estudio: Potrero-Chaquiago (Pcia. de Catamarca). *Arqueología*, 1, 75-103.